

## CAPÍTULO IV

EL PONTIFICADO Y EL IMPERIO

Pocas veces presenció el mundo revolución tan grande como esta revolución pontificia, ni de mayores, y más trascendentales consecuencias. Desamparado el Papa de sus protectores naturales, ó sean, los Césares de Oriente; circuido por los ejércitos lombardos que á la continua denostaban su persona y combatían su independencia; oprimido por los exarcas de Rávena y por los duques mismos de Roma, los cuales, á cambio de nominal tutela, exigían constante obediencia; en lucha perdurable con las herejías engendradas por el móvil y cambiante espíritu de los griegos; aterrado bajo la cimitarra de los mahometanos movidos por un profeta sublime á defender con las armas nueva religión, cuyos dogmas suplantaban hasta en regiones como España al catolicismo y á su Iglesia; mal servido por las razas bárbaras, tan dóciles á su palabra en los primeros momentos de la irrupción; arrianos los reyes germánicos en quienes debiera encontrar auxilio contra los cismáticos helenos de Constantinopla; á pesar de tantas dificultades invencibles y de tantos obstáculos insuperables, despierta la libertad y aviva la democracia en Italia; bautiza en el Jordán de sus ideas á los bárbaros anglos de Bretaña confundidos por su hermosura corpórea con los ángeles del cielo; envía á las selvas de Germania un conquistador espiritual, el apóstol Bonifacio, más valeroso y más afortunado que los generales de la antigua Roma; establece su alianza con el reino de los francos, y cuando el reino de los francos se disuelve por la poquedad de los últimos carolingios, con el Imperio de Alemania, levan-

tando de esta suerte su tiara entre el fraccionamiento de la Europa feudal, ante el cisma de Oriente, bajo la irrupción de los árabes del Mediodía y de los normandos del Norte, como un astro que por su fuerza misteriosa y providencial en momentos tan solemnes, preserva y consolida la unidad espiritual del mundo. ¿Quién puede gloriarse de haber tenido aquel influjo de San Leon, vencedor de Atila? ¿Quién ofrece prevision igual á la de Gregorio Magno, oponiéndose á las pretensiones de universalidad mostradas por los patriarcas de Constantinopla y bautizando á los ingleses? ¿Quién ofrecerá talentos políticos al igual de aquel Estéban II ó de aquel Adriano I, que traen la espada de los francos á servicio de la Iglesia católica? ¿Quién tuvo una concepción más brillante que la concepción social de Leon III, fundando el Imperio de Occidente y estableciendo sobre ese Imperio la autoridad espiritual de la teocracia romana? Por virtud de esta incalculable sabiduría política se fundó la tutela pontificia en aquellos tiempos bárbaros, en que el mundo necesitaba con necesidad imperiosa un tutor moral.

No puede desconocerse que esta obra, como hija de la realidad siempre impura, no se presenta, no, á los ojos del historiador sereno, limpia de toda mancha. Revolución, y revolución trascendental, sigue la ley de las revoluciones, y unas veces apela al engaño y al dolo y otras veces á la fuerza y al crimen, cubriéndose de sombras y manchándose de sangre. Pero como no ha nacido aun el hombre que pueda burlar las leyes de la naturaleza, no ha nacido aun la institución que pueda burlar las leyes de la historia. En aquellos tiempos de mucha fantasía y de poca crítica ideábanse con la mayor facilidad las más absurdas fábulas, que divulgadas por el interés y admitidas por el candor general, falsificaban las tradiciones, forjando títulos históricos inaceptables é inadmisibles á todas luces. Nosotros, que admiramos la sabiduría política de los Papas y que creemos su autoridad indispensable á la educación del género humano en la Edad Media, no sentimos igual admiración por las falsificaciones pontificias y no aceptamos que fueran de inevitable necesidad. Así combatimos la falsa carta de San Pedro, ideada por la curia romana para conmover al rey de los francos. Así, condenamos la falsificación persistente y sistemática de las decretales pontificias. Y entre estas falsificaciones ninguna tan grave, ni hasta cierto punto, tan descarada, como la referente á la falsa

donacion de Constantino, urdida en el mismo siglo y en el mismo instante en que recababan los Papas la verdadera donacion de los carlovingios. Pasma ver cómo se falseaba la verdad histórica, y cómo se oscurecian y negaban los hechos mas conocidos. Cuando Constantino jamás entregó ni un átomo de tierra al obispo de Roma, cuya supremacía no estaba bien definida en su tiempo, la curia romana suponía, y en esta suposicion redactaba, cuatrocientos años despues de muerto el emperador, un donativo en toda regla. Para mayor escarnio invocaban los curiales romanos el nombre místico de la Santa Trinidad y lo hacian cómplice de sus falsificaciones. Llamaban al emperador en lenguaje completamente bizantino con los títulos de fiel, sereno, bienhechor, aleman, gótico, sármata, germánico, británico, húnico, piadoso, feliz, vencedor, triunfador, y siempre Augusto. Y despues de consagradas todas estas serviles adulaciones, tan contrarias á la sencillez evangélica y al verdadero espíritu religioso, decian que Constantino por medio de una constitucion imperial habia entregado la suprema autoridad y la suprema jurisdiccion al Papa Silvestre, obispo de Roma, sobre todos los obispos del mundo. Y la causa ocasional de esta fingida constitucion hallábase en la cura de una supuesta lepra por Silvestre hecha en la persona de Constantino, el cual, en recompensa, y despues de oír á todos *sus sátrapas*, daba al Papa una autoridad superior á la suya, y ponía el trono pontificio sobre el trono cesáreo, decretándole honores y homenajes imperiales. Y luego ponía la sede de Roma sobre las sedes de Antioquía, Alejandría, Constantinopla, Jerusalem; y conjuraba á todos los fieles á que fuesen á besar los piés y la cabeza del Pontífice allí donde San Pedro pusiera sus plantas bienaventuradas y rodara en el polvo la santa cabeza de San Pablo. Y decía el mismo que siempre aborreciera mortalmente á Roma por razones políticas; el mismo que celebrara el concilio ecuménico para redactar el símbolo de la fe bien léjos de la Ciudad Eterna; el mismo que cediera la presidencia de este concilio á un humilde obispo de Córdoba, sin mentar ni convocar siquiera al soberbio obispo de Roma, que en esta ciudad, enemiga de Constantinopla por él erigida, debía residir la suprema é inviolable autoridad sobre todas las Iglesias y sobre todos los obispados del mundo. Y luego donaba al Papa su palacio de Letran, el mas respetado de toda la tierra; su áurea diadema rematada con un gorro frigio;

la estola que rodeaba el cuello imperial; la clámide de púrpura y la veste de escarlata; el cetro, la escolta, los correos, los caballeros, los séquitos de la suprema autoridad política en tal manera que pudiese salir el Papa á las procesiones rodeado de todo el prestigio del Imperio y de toda la riqueza y de toda la majestad de un emperador verdadero. Y luego á los clérigos principales dáballes el título de senadores romanos; á los guardias el título de ejército imperial; erigia oficiales y chambelanes semejantes á los conocidos en la corte bizantina y les decretaba cabalgaduras con orientales arneses y vestimentas adornadas con todo el lujo y todos los esplendores del Asia. Ofrecíase él mismo, su propia persona imperial, como escudero del Pontífice, en cuya cabeza debía resplandecer una mitra, mas elevada que la mitra del emperador, en recuerdo de la resurreccion de Jesucristo. Y á fin de que no sirviera materialmente á nadie, y gozara todas las prerrogativas anejas á la suprema jurisdiccion política, cedíale en propiedad plena y entera la ciudad de Roma, toda la Italia, y todas las tierras y lugares que componen las inmensas regiones de Occidente. Tal fué, en sustancia, la célebre donacion de Constantino, tenida por verdadera hasta los dias de la revolucion religiosa, hasta fines del siglo decimoquinto, en que Lorenzo Vala publicó un escrito destruyendo su autenticidad, por lo cual vióse obligado y constreñido á huir de Roma, donde seguramente hubiera perdido ó la libertad ó la vida. En pleno siglo decimoquinto, por los años de 1478, quemaban como herejes á los que se atrevían á negar tal donacion. Necesitóse que el gran poeta Ariosto se burlara con su gracia inagotable de ella, y la pusiese entre las singulares maravillas que Astolfo encontró en la luna, para informar al sentido comun del crédito debido á semejante fábula. Otro poeta, mayor que Ariosto si se quiere, el Dante, como nacido en siglos de fe, en el siglo decimotercio, creía en la donacion, y la tachaba, no de falsa, sino de perturbadora y triste para la Iglesia católica. Comprendemos y explicamos que la piedad religiosa convenga en el viaje de Pedro á Roma, aun careciendo de bases históricas en que fundarlo. Sabido es que San Lucas, el cual señala el itinerario de los apóstoles, no habla ni una sola palabra de la ida de San Pedro á Roma; sabido es que, en las cartas de San Pablo consagradas á referir los adelantos de la predicacion cristiana en la Ciudad Eterna, se mencionan nombres oscuros de

fieles desconocidos, que sin esta mencion jamás hubieran pasado á la historia, y no se menciona el nombre gloriosísimo de San Pedro; sabido es que las epístolas de este no se fechan en Roma jamás y que ha sido necesario suponer que bajo el nombre de Babilonia se ocultaba el nombre de la Ciudad Eterna para indicar alguna probabilidad de la estancia de San Pedro en Roma; sabido es que San Pablo fué el apóstol de Occidente como San Pedro el apóstol de Oriente, San Pablo el apóstol de los gentiles como San Pedro el apóstol de los judíos; sabido es que la primera indicacion histórica de la ida de San Pedro á Roma, se encuentra en escritor del siglo iv, en San Eugenio, quien cita á Papias, discípulo de San Juan, único entre los cercanos á aquellos tiempos que habla del viaje vagamente y que merece poco crédito hasta en la apreciacion del mismo que lo cita y que lo invoca; pero aun se comprende que la fe prescindida de todos estos reparos históricos y crea como de necesidad al esplendor de la Iglesia católica, á la continuacion de sus tradiciones, á la serie de sus Papas, la presencia y el martirio de San Pedro en Roma. Pero idear, como se ideó por Estéban II, una carta dirigida por el apóstol mismo desde el cielo á Pipino, conjurándole á favorecer á los Papas; escribir, como se escribió, una falsa donacion de Constantino al Pontificado, con señalamiento de naciones y tierras, ¡oh! raya en lo inverosímil y apenas seria creible, si no lo dijese y no lo comprobase tan clara y manifestamente la historia. Suceso frecuente estas falsificaciones. La costumbre de falsear los hechos históricos ó inventar algunos jamás sucedidos resultaba general en claustros, en cortes, en cancellerías, en escuelas. Si el Pontificado falsificó la carta de San Pedro al rey Pipino; si falsificó las decretales; si falsificó la donacion designada con el nombre de constantina; sus enemigos, en cambio, urdieron el mito de la Papisa Juana, y lo acreditaron en términos de haberlo transmitido á los historiadores mas graves y haber logrado que el nombre de tan fabulosa mujer estuviera en las series de Papas mas históricos y su busto en las paredes de Catedrales santísimas. Contóse que hermosa muchacha, oriunda ó hija de Inglaterra, cuyo nombre de pila era Juana, desde sus mas tiernos años llamó y fijó la atencion pública, así por las angelicales partes de su rostro, la color blanca y sonrosada, los cabellos de oro y los ojos azules, como por la vasta y varia ciencia, adquirida en las escuelas de Maguncia. Uno de

esos jóvenes, semejante al histórico tipo de Abelardo, medio monjes y medio estudiantes, que acudían á las aulas de las escuelas y que habitaban las celdas de los monasterios, un teólogo y filósofo y retórico y astrólogo, tan dado á las riñas sangrientas como á las disputas escolásticas, hijo natural de su siglo, requirióla de amores, logrando comunicarle una de esas pasiones, semejante tambien á la de Heloisa, en que la luz serena de la inteligencia, luz venida del cielo, inmaculada y pura, ilumina el terrestre incendio de un corazon abrasado á un tiempo mismo por los sentimientos y por las ideas, lleno de lavas y de escorias. A los comienzos de estos amores encerráronse ambos enamorados en el mismo claustro; pero luego, en su desarrollo, volaron como dos aves canoras que dejan su nido, desde el Norte al Sur, desde Inglaterra á Grecia, donde maravillaron á todos por la riqueza de sus ideas y la abundancia de su palabra. Ya en Atenas, la muerte sorprende al amante de la sabia jóven, y su viudez y su dolor la obligan á recogerse en la ciudad de las ruinas eternas y de las tristezas sublimes, en la ciudad de Roma. Tanta ciencia no puede ocultarse ni tras el recato de una pena intensa ni por la desesperacion de un alma privada de su necesaria mitad. La idea fluye, la palabra corre, el mérito salta, y una cátedra en la escuela de los griegos premia todas estas extraordinarias cualidades realzadas por la juventud y la tristeza. Bien es verdad que nadie sospechaba el sexo de tal portento. Al verse sola en el mundo, para preservarse de brutales asechanzas, vistióse hábitos de monje, y ocultó sigilosamente su sexo. Así es que, á la muerte de Leon IV, cuando las elecciones degeneraban, por causa del dominio temporal y de la corona régia, en verdaderas batallas, fijóse el cuerpo electoral de los Papas, el cardenalato, en el sabio jóven, digno de un lauro que le granjeaban de consuno su saber, su virtud y su prestancia. Y fué elegido Papa. Ninguno tan querido; porque ninguno reuniera en su medida el saber y la virtud. Pero cierto dia, á los tres años de elegido, celebrábase una de estas fastuosas procesiones, en que los obispos de Roma reunian al lujo eclesiástico el lujo imperial, cuando entre los cánticos sagrados y los instrumentos músicos, entre las cruces de oro y las reliquias de pedrería, rodeado del clero que ostentaba sus mejores preseas y del patriarcado que lucia sus mas vistosos trajes; en el espacio mediante entre el coliseo y San Clemente, en pleno Foro, sobre las piedras de